

CAPITULO XXII

CONTINUACIÓN DE LA LUCHA DE JUAN CONTRA «EL PULPO»

GUILLIAT, el obrero del mar, forcejeando contra los ocho brazos del pulpo, que le arrastraban hacia el abismo, era para Juan de Sautierne menos de compadecer que Rouletabille, enredado en los nudos misteriosos que le ataban a esa inquietante señora de Meyrens.

Luego de lo ocurrido días antes en Santas Marías, después de los misteriosos manejos de esta intrigante, y que logró sorprender Juan, y después de lo que el propio Rouletabille contó al mismo Juan, acerca de la intimidad de esta mujer con Calixta, ¿cómo el repórter no rompía definitivamente esa relación que, ¡ay!, había ya durado demasiado, en perjuicio de Rouletabille y de la tranquilidad de sus amigos? ¡Eterna debilidad de la naturaleza humana; pobre, insignificante, estólida cosa el corazón enamorado o nada más que robado por la gracia femenina que pasa! Basta que ésta vuelva a pasar con la frente

baja, la mirada extraña y la sonrisa enigmática, y ¡adiós *buen sentido!* Rouletabille, tan ufano de su talento, tenía en verdad un corazón demasiado sensible. Y era forzoso que por ahí muriera, se decía Juan.

Al parecer, no podía ver a *El Pulpo* sin reñir con ella; pero las riñas son amor. Y entretanto, la miserable, con un fin que al recordarlo Juan se inundaba de horrible amargura, sordamente trabajaba contra ellos, contra todo lo que podían emprender.

Si Odette no estaba aún rescatada, para Juan toda la culpa era de *El Pulpo*.

Así no pudo contener el ímpetu de su odio al reconocer de pronto en la esquina de una calle de Arlés la detestada silueta... ¿Qué tenía que hacer en Arlés? ¿Por qué, al parecer furtivamente, se deslizaba a lo largo de los muros por las callejuelas henchidas de sombras? El la había seguido hasta la cárcel, y había aguardado durante dos horas su salida. ¿Qué hacía esa señora dentro? Allí estaban encerrados Andrés y Calixta. Sólo puede admitirse que entrase para verlos. ¿Qué añagaza urdía?

Pensó primero comunicar a Rouletabille el suceso; pero cuando ya salió la señora de Meyrens, y en cierto modo ella misma le guió hasta el hotel donde estaba citada con el repórter, dió pie a que Juan, una vez más, imaginara que tenía excesivo ascendiente sobre el espíritu de su amigo para que fuera dable convencerle de las trapacerías de su amante.

Siempre echaría esa señora mano a cualquier explica-

ción, con la cual el repórter, harto ciego, se quedaría tan satisfecho.

Juan, pues, se decidió a dar un gran golpe, sin prevenir a Rouletabille, y con el intento de salvarle, a pesar suyo. Sabía que solía comer el señor Crousillat, que era soltero, en un pequeño figón muy sonado por el modo de condimentar el conejo con sangre y ajo aceite.

Le halló probando los primeros bocados y poco dispuesto a oír hablar de un asunto que sólo disgustos le había acarreado. Aumentaba su mal humor el fracaso del *choto*, recomendado por la Dirección de Seguridad, y de muy buena gana hubieran enviado al cuerno al joven Sautierne cuando éste le comunicó que había de exponerle grave revelación.

—Déjeme al menos comer, querido—gruñó—; entre usted y Rouletabille se me llevan el día.

—Señor—le dijo Juan—, ya comerá usted más tarde, pues creo que lo que voy a decirle no admite dilaciones.

Y sin más preámbulos, descubrió al señor Crousillat las relaciones que unían a Rouletabille con una tal señora de Meyrens, *amiga de Calixta*; poco faltó para que sufriera un eclipse el apetito formidable del señor Crousillat.

—Esta señora de Meyrens, muy conocida en ciertos medios con el nombre de *El Pulpo*, es la peor enemiga para todos en este asunto, y lleva de cabeza al propio Rouletabille por listo que sea.

En la mirada del señor Crousillat rieló por un mo-

mento la idea de que no le disgustaba que Rouletabille fuese al fin también manteado como los demás... Pero esta satisfacción, disculpable en todo hombre no desprovisto de amor propio (sentimiento generalmente muy desarrollado en los jueces de instrucción), cedió pronto el lugar a preocupaciones exclusivamente profesionales, desde el momento que Juan fué entrando en más explicaciones.

—Rouletabille ha impuesto la detención de Calixta.

—Estoy seguro—repuso Juan—de que esta señora de Meyrens lo menos que intentará será la evasión de la gitana... He visto cómo ha entrado en la cárcel, en donde ha permanecido dos horas.

—¡Dioses poderosos!—resolló el señor Crousillat tirando la servilleta—. Y ¡nosotros que la hemos franqueado la misma celda de Calixta! Aguárdeme aquí, joven; voy corriendo a la cárcel y vuelvo en seguida.

Y el corpulento señor Crousillat echó a correr con tal ligereza, que nadie la hubiera esperado.

Juan aguardó mucho más rato que le hiciera esperar el juez de instrucción, y como tenía hambre y estaba satisfecho de su iniciativa, acabó por comerse la ración del señor Crousillat. Este reapareció al cabo de una hora. Tumbóse en el diván, exhalando un gran suspiro.

—¿Y qué?—preguntó Juan.

—Pues bien, joven; hemos llegado a tiempo.

Y el juez de instrucción se enjugó la frente, que era un arroyo.

—Tenía razón, ¿no es cierto?

—Sí, tenía usted razón... ¡Ah!, figúrese usted, amigo mío... pero ¿dónde está mi plato?

—Señor, me lo he comido.

—Y ha hecho usted bien. ¿Estaba bueno?

—Superior; permítame, señor, que le convide a otro.

—Eso, nunca; yo pago esta noche. Se lo debo a usted. ¡Ah, puede usted envanecerse de habernos sacado del pie atroz espina! ¡Usted no sabe lo que se ha hallado en las celdas de esos bandidos! ¡Limas y trajes de albañil! ¡Ah, y todo a punto! ¡Y de qué modo! La bohemia iba a limar la reja de su jaula cuando fué descubierta. Se defendió como una leona. No quería entregar la lima. Estaba como loca. Después de amenazar a los demás, intentó golpearse.

—Pobrecilla—dijo Juan quedamente.

—¿Cómo? ¿Y aún la compadece usted?

—Señor, usted no ignora que fué amiga mía... Tolere usted que la compadezca, si bien no puedo titubear entre ella y mi prometida. Es menester que la retengamos en nuestro poder; acabará por hablar. ¿Qué opina usted, señor?

—Yo no opino nada, ni quiero, señor, pensar en nada. Es asunto que no me concierne.

—¿Qué quiere usted decir, señor? ¿Y qué va usted a hacer con esta señora de Meyrens, que ha intentado la evasión de los detenidos?

—Absolutamente nada. Está demasiado recomendada

y eso compete, además, al director de la cárcel, que va a hacer algo...

—¿Qué va a hacer?

—Un expediente.

—Adiós, señor—dijo Juan levantándose.

—Adiós, joven, y gracias.

Juan se fué inmediatamente al hotel del Foro, en donde se hubiera alegrado de entrevistarse con Rouletabille. Pero ni él ni *El Pulpo* se dejaron ver.

Habían tomado dos cuartos en comunicación y Juan se instaló en otro del piso de arriba.

Se tumbó vestido en la cama y ordenó que le despertasen al amanecer. Inmediatamente se puso a vigilar desde una ventana todas las entradas y salidas. A las siete vió que la señora de Meyrens salía del hotel y atravesaba la plaza del Foro. El se lanzó sobre sus pasos.

La señora de Meyrens, tal como iba vestida, con el traje protegido por un guardapolvo y una toca en la cabeza, que no le vió Juan el día anterior, delataba que salía a algún viaje en auto descubierto, y así a Juan no le sorprendió verla entrar en un *garage*, en el cual, sin duda, se le esperaba, pues el empleado se puso inmediatamente a su disposición.

Minutos más tarde salió guiando un torpedo que, a prudente marcha, se aventuró por las callejuelas de la ciudad. No costó a Juan gran trabajo seguirle. No sólo el coche andaba moderadamente, sino callado, ociosa la bocina, en dirección al barrio de la cárcel.

Cuando estuvo ya a unos cien metros, paróse en la esquina de una calle. Juan vió entonces que la señora de Meyrens dejaba allí parado el auto, consultaba el minúsculo reloj de pulsera, y la vió levantarse y descender con negligencia que no carecía de gracia.

Previendo que iba a ocurrir algún suceso importante alrededor de la cárcel, Juan se desvió, y por una callejuela contigua se dirigió hacia el establecimiento penitenciario.

En el camino topó con el señor Bartholasse, que iba a la Audiencia, y le pidió que fuese inmediatamente a poner en conocimiento del señor Crousillat que la señora de Meyrens andaba rondando la cárcel y a mano un auto con intentos muy sospechosos. El señor Bartholasse respondió con maligna sonrisa al joven que su jefe se había ido a pescar, y que él, simple secretario, por nada del mundo se arriesgaría a substituir a un juez de instrucción en tan graves menesteres.

Entonces, Juan se decidió a ir a ver al propio director de la cárcel.

En la secretaría se le contestó que el señor director se había ido a pescar con el señor Crousillat y que salieron a primera hora y no regresarían hasta la noche. Estas conversaciones y estos pasos consumieron algún tiempo. Eran ya cerca de las ocho. Al salir de la cárcel, lo primero que vió Juan fué la silueta de la señora de Meyrens esfumada en la esquina de la calle donde tenía parado el auto. De allí atisbaba, sin duda, la cárcel. ¿Qué esperaba?

En este punto de sus reflexiones, Juan hubo de apartarse un poco para evitar el choque de un carretón lleno de escombros que salía del patio, carretón del que tiraba un obrero y empujado por un peón de albañil.

Al punto reapareció en la otra esquina de la calle la silueta de la señora de Meyrens y, al parecer, esperó que el carretón pasase ante su presencia.

Y cuando pasó, vió Juan claramente que la señora de Meyrens dirigía la palabra al obrero y que el obrero le contestó sin detenerse.

El carretón dió la vuelta a la calle y la señora de Meyrens lo siguió.

Cuando hubo desaparecido, Juan corrió de nuevo hacia la cárcel y pidió audiencia inmediata al funcionario que substituía al director en las ausencias.

—Dígale que se trata de graves acontecimientos.

Tenía el convencimiento de que cuanto acababa de ver guardaba estrecha relación con la evasión premeditada de Andrés y de Calixta, y temía que el señor Crousillat y el señor director, antes de irse a su excursión campestre, no hubieran tomado todas las medidas necesarias para frustrar el intento. Consideraba gran imprudencia suya, después del descubrimiento del día anterior, no pensar más que en distraerse, dejando a sus espaldas y en completa libertad de acción a esa señora de Meyrens, maestra en ardides y recursos.

Un cuarto de hora después salió del establecimiento penitenciario y corrió hacia el hotel del Foro, donde

preguntó por Rouletabille. Este se presentó al momento con cara de mal talante:

—¡Atíza! ¡Aquí tú! ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

—Vi anoche que la señora de Meyrens se dirigía a este hotel, y como no has vuelto a Lavardens...

—Bueno, comprendido. ¿Qué hay de nuevo?

—Ante todo, salgamos del hotel.

—Lo que quieras; vete delante, que te sigo.

—No, te vienes en seguida conmigo. La señora de Meyrens salió esta mañana del hotel; ¿puedes decirme si volvió?

—Al instante.

—Pues bien; he de hablarte antes de que la veas. Es muy grave lo que voy a decirte...

—Como siempre.

—No; como nunca.

Rouletabille, muy intrigado, aunque se ufanasé de no conceder importancia alguna a lo que solía llamar «imaginaciones» de Juan, siguió al punto a su amigo. Juan le pegó al muro del hotel para que no pudieran ser vistos desde ninguna ventana.

—¡Cuántas precauciones!—dijo Rouletabille levantando los hombros.

—Vas a comprenderlo en seguida.

Juan le llevó al cafetín en el cual la noche anterior se había comido la ración del señor Crousillat. A pesar de estar solos en la sala más recóndita, aun esperaron a hablar que el mozo les trajera los bollos y el café con leche

que pidieron. Rouletabille empezó a expresar creciente impaciencia.

—Querido, voy primero a contarte lo que anoche hizo la señora de Meyrens.

—Y para esto haces tantos aspavientos...—dijo dando un salto Reuletabelle—. Yo seré quien te diga lo que hizo anoche: fué a la cárcel, pidió audiencia al director...

—¿Y luego?

—¿Luego?—agregó Rouletabelle—. Se presentó con un volante oficial de la prefectura, en el que se le daba licencia para visitar, como antropóloga, las cárceles de las Bocas del Ródano.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No ha tenido necesidad de decírmelo, pues he sido yo el que le hice ese encargo y yo el que le ha dado ese volante...

—No comprendo, pues, lo que perseguías con eso; pero lo que tú ignoras seguramente es que en cuanto estuvo ante la presencia del director, del juez y de su secretario, que se encontraban allí, descubrió en seguida el truco que le confiaste: declaró que no era antropóloga, sino agente de la Seguridad general para «cocinar» a los bohemios detenidos. Lo que no sabes tampoco es que se le franqueó la entrada en la celda de Calixta, y que le dejó allí una lima y un disfraz de albañil.

—Y ¿luego?—repuso Rouletabelle, clavando en Juan rara mirada.

—¿Sabes o no sabes que se están llevando a cabo unas

reparaciones en la cárcel? Sin duda compró la complicidad de uno de esos obreros que salieron esta mañana tirando de un carretón.

—No—interrumpió Rouletabelle con duro acento—: no compró a ese obrero.

—Permíteme que lo dude... pues, mientras tú estabas durmiendo o quizá *reflexionando*, la señora de Meyrens fué a alquilar un auto esta mañana en un *garage*, y se apostó a unos cien metros de la cárcel..., y cuando el obrero pasó junto a ella, mantuvo con él muy animada conversación...

—No—dijo Rouletabelle con acento cada vez más agrio—; ella no compró a ese obrero; *le compré yo*.

—¡Tú!

—Sí, yo... En la cárcel ella obró por cuenta mía y según mis indicaciones, mientras fuera yo lo disponía todo para mi idea...

—¿Para qué?—gritó Juan sofocado.

—No levantes la voz, querido—le susurró Juan, imponiéndole su autoridad—; voy a decirte para qué, ya que no eres bastante perspicaz para adivinarlo... Pero toma tranquilamente tu café con leche e imita mi calma, que es sólo aparente, te lo juro. Te he dicho siempre que no recuperaremos a Odette sino por Calixta... Sólo para que hable, hice detener a ella y a Andrés...

—No he olvidado que tu intervención me salvó...

—Aunque no hubieras corrido peligro alguno, los hubiera puesto en chirona del mismo modo; así, pues, no

me lo agradezcas. No son estos momentos de andarnos con cumplimientos y cortesías, y así no te oculto que temo por parte tuya algún desaguizado... pero... razoná conmigo. Con el *asesinato* del señor de Lavardens, yo esperaba que *cantase*; pero al ver que ni ella ni Andrés soltaban prenda, hube de cambiar de táctica de cabo a rabo... Y como dispuse encarcelarlos, resolví abrirles la jaula... porque ¿no tenemos noventa y nueve probabilidades contra una, que fugados *irán a reunirse con Odette*, sobre todo si *El Pulpo* les dice que andamos ya sobre sus pasos? En ese caso... los seguimos; y ya me las he compuesto para que no los coja de nuevo; y así juntos llegamos al fin propuesto. Pero ¿qué tienes? ¿Vas a ponerte malo?

—¡Rouletabille!—murmuró Juan supirando—. Rouletabille, he cometido otra tontería.

—¡Ahl, no lo dudo... ¿Qué has hecho, desgraciado?

—Rouletabille, yo en persona, anoche, en este mismo sitio que ocupas, vine a prevenir al señor Crousillat para que no se fiase de la señora de Meyrens, y le dije que era tu genio malo, que contrarrestaba cuanto hacías, que le vi entrar en la cárcel y que no perseguía otra cosa que favorecer la fuga de tus detenidos...

—¿Tú has hecho eso? ¿Tú has hecho eso?—rugió el sordo acento de Rouletabille—. Y ¿entonces?

—Entonces, el juez marchó corriendo a la cárcel, vió al director y se descubrió en las celdas de los detenidos limas y disfraces de albañil...

—Basta, basta, desdichado...; me percaté, me percaté en cuanto abriste el pico; ahora... ¡cállate!

Y Rouletabille, con los codos sobre la mesa y talante feroz, cubrió con las manos su rostro.

Juan estaba anonadado. Medió un largo silencio, y en ese intervalo sólo se oyó el zumbido de las moscas que se dieron cita en aquel figón. En fin, Rouletabille levantó la cabeza y dijo a Juan:

— Es inútil que hablemos más de ello; bastante desgracia te has acarreado con lo hecho. Que te sirva al menos de lección. No puedes imaginarte la astucia que he necesitado para que *El Pulpo* obrase secundando mis proyectos. Yo supe que se proponía emplear su compadrazgo policíaco para favorecer la fuga de Calixta, pero no sabía cómo llevarla a cabo, y sobre todo quería ocultármela, pues su propósito era jugarnos una mala pasada a ti y a mí, y acumular obstáculos entre nosotros y Odette... Entonces fui yo el primero en abordarle y decirle: «Calixta es amiga de usted; si usted le presta un gran servicio, un servicio inmenso, tendrá confianza en usted, y no se negará a darle de Odette las noticias que necesito. Haga usted que se fugue; ¿quiere usted que les ayude?

—¡Admirable!—gimió Juan—: soy un bruto.

—No, Juan; no eres un bruto, pero ya no te burles más de mí ni te impacientes cuando me veas *reflexionar*... y, en adelante, déjame que maneje a *El Pulpo* como quiera. Ciertamente, confieso que es muy hábil, pero acabo de probarle que en esta coyuntura, como en otras muchas,

si tú no te interpones, demuestro ser mucho más hábil que ella. En todo caso, ya no tendremos ocasión de volver a hablar de ello en mucho tiempo... Si no he logrado la fuga de Calixta, *he deshecho a El Pulpo*. Después de lo que ha hecho...

—Después de lo que ha hecho, la policía le va a echar mano—exclamó Juan.

—Acabas de decir otra tontería. *El Pulpo* no tendrá empacho en decir a la policía que puesto que tenía la orden de «cocinar» a Calixta, nada mejor para conquistar su confianza y determinar sus confidencias que ofrecerse como cómplice de un proyecto de fuga, proyecto que, sin remordimientos, me atribuirá a mí completamente. No, no se verá apurada ante la policía; será la policía la que, puesta en entredicho en el expediente formado por los jefes superiores de Prisiones, se verá comprometida por valerse de esa mujer antes de tiempo. ¡Buen respiro! Tú me crees muy enamorado. Te juro que estoy harto de ella. *¡No pienso más que en Odette!*

Esta última frase brotó tan espontánea de los labios de Rouletabille... Surgió de modo tan singular y tan sencillo para completar en cierta manera el sentido de la precedente, que el eco repercutió con sonoridad casi dolorosa en el corazón de Juan... y en el de Rouletabille...

El repórter, un poco pálido, agregó en seguida:

—He jurado que te veré dichoso: ¡cumpliré mi juramento! Y ahora levantémonos—dijo trabando su brazo con el de Juan—. La fuga es precisa y se realizará. Co-

nozco bien esa cárcel y he urdido muchos planes...

Salieron del café: Rouletabille sintió que Juan se tambaleaba.

—¿Qué tienes aún? ¿Vas a desmayarte?

—Rouletabille—expuso Juan con un soplo de voz—, tengo antojos de suicidio.

—No hagas tal cosa—gruñó el repórter fingiendo reír a carcajadas. No me obligues a dar a Odette tan desagradable noticia.

—¡Ay! Amigo mío, amigo mío: aún no lo sabes todo.

—He ido esta mañana a la cárcel...

—¿Y qué?

—Pues que... Andrés y Calixta no están allí...

—¿Qué me dices?

—Pues digo que el señor Crousillat firmó anoche la orden de traslado de Calixta y de Andrés a la cárcel de Aix y esta misma mañana a primera hora se ha cumplido la orden.

—*¡Infierno y betún!*—exclamó Rouletabille usando una blasfemia que sólo espetaba en ocasiones extraordinarias y cuyo último término lo tomó de la jerga de los ajustadores de las imprentas—. *Infierno y betún...* ¡Eso faltaba! No eches *más*. Tenemos ya hasta el as. ¿No tienes ya más que decirme? ¿No? Pues gracias. Pues bien; ahora, querido, es menester desligarnos. Por mi parte, voy a hacerte un juramento y lo cumpliré a pesar de todo; *¡te haré el presente de Odette!*, pero con una condición: vas a jurarme que no tratarás de buscarme... que

permanecerás en Lavardens y no te moverás... hasta que yo te diga. ¿Comprendido? ¿Lo has entendido bien?

—Perdóname—le dijo Juan llorando y tendiéndole la mano...

—Te perdono, imbécil.

Le abrazó con la rapidez de una bala, le dejó plantado en la calle y echó a correr veloz como el gamo. No obstante, se volvió al doblar la calle desierta, para espetarle:

—Y ya sabes: si ves a *El Pulpo*, no le digas dónde he ido.

Cinco minutos más tarde, ¿quién hubiera podido decir adónde Reuletabelle se encaminaba?

CAPITULO XXIII

REULETABILLE Y «CAMISETA»

BAJO el sol se hace largo el camino de Arlés a Aix: escasea la sombra, sin contar la de los postes telegráficos. De trecho en trecho, sin embargo, algún pequeño manzano silvestre, una cortina de abetos, alguna ringlera de cipreses rompen la monotonía ardiente del paisaje.

El cabo *Camiseta* recibió la orden de trasladar a Andrés y a Calixta a Aix y al mismo tiempo la de llevar dos caballos recién comprados en Arlés y destinados a la gendarmería de la antigua ciudad romana; pero no le pasó por la imaginación la idea de que el viaje por ferrocarril, aun dando un pequeño rodeo y con los inconvenientes de cambio de tren, podrían aún ahorrarle no poco trabajo y zozobra.

Tomó como compañero a su amigo Cornouilles, y al despuntar la aurora empezaron a cabalgar bastante mo-